El Presidente se dirigió á Brassat diciéndole:

—Reconoced las pruebas: ¿es esta la charretera que habeis arrancado?

—La que yo arranqué tenia tres estrellas y esta solo tiene dos.

—La tercera se habrá caido, pues que vos la arrancásteis con fuerza y violencia.

—Con violencia, sí, pero sin mala intencion, porque con esto queria impedir el que se maltratase al general.

VIII.

Los interrogatorios terminaron en la audiencia del dia 19. Bien se deja comprender, que solo hemos referido algunos en la parte mas interesante, y los que se han suprimido se hallarán en estracto en las declaraciones de los testigos.

El primero que se presentó fué Mr. Pedro Dumont, quien reconoció á Vappreaux el mayor, á Gauthron y á Choppart: vaciló en reconocer á Lahr; pero nada afirmó.

—Yo me encontraba, dijo, en la barrera Fontainebleau en los momentos en que el comandante Desmarets, separado del general, se hallaba rodeado de furiosos que lo golpeaban y le arrancaban las insignias; pero pronto llegó delante de la casa de Penhouel. Fuí escitado para protegerlo á tiempo que ví á Gauthron precipitarse sobre él con una losa que tenia en la mano. Dije á estos hombres que el comandante Desmarets era mi prisionero, que respondia de su persona y que iba á conducirlo al cuerpo de guardia: en efecto, me disponia á dejar la casa del Sr. Penhouel. Apenas estuvimos fuera cuando oí los gritos "es fuerza matarlo, y ví á Gauthron armado con una piedra que iba á dejar caer sobre el comandante: eché mano á la blusa de uno llamado Oudot, y le dije: ayudadme á salvar á este hombre; él me apretó la mano con fuerza y llegamos así á la guardia donde encontramos á Mr. Renoult. Allí recibió el comandante un golpe en la espalda con la culata de un mosquete; volví la cara y ví á Lahr con el arma en la mano, por lo que creí fué él el que le dió. En la puerta del cuerpo de guardia, encontré á Choppart; estaba de faccion, quien no solo me rechazó con su fusil, sino que hizo ademan de hacer fuego: ví tambien á Bussieres allí, con aire muy animado y hostil contra el prisionero que llevaba. Poco despues llegaron el general y el comandante Gobert: al primero se le habia quitado la espada, é hice que se le devolviese, invocando los recuerdos de gloria que merecia esa arma.

Presidente.—Quién le devolvió la espada?

Testigo.—No puedo decirlo, y solo espresaré que Mr. Dubois y yo la tomamos y se la entregamos al general. Me hallaba al lado del catre de campaña y oia á varios decir: "pues que se pretende salvarlos, es preciso ir á la barrera abandonando la guardia, dar el alarma, y de este modo lograr el golpe."

Presidente.—Y no dijeron tambien que los fusilarian con libertad?

Testigo.—No oí esas palabras.

Gauthron.—Este testigo está ejerciendo venganzas de la policía: yo no he dado gritos de muerte; que meta su mano en el pecho el testigo como yo lo hago, y que diga la verdad.

Testigo.—Afirmo lo que he declarado.

Gauthron.—Es cierto que tenia una losa en la mano; pero la arrojé al suelo inmediatamente. Mr. Desmarets estaba á mi izquierda; yo tiré la losa á la derecha, y no quise valerme de ella contra el comandante.

Testigo.—Si no me hubiese ayudado Mr. Oudot, tengo la conviccion de que Gauthron hubiera herido con ella al comandante.

Mr. Celliez.—Esta es la primera vez que Mr. Dumont habla de Mr. Oudot, y esto demuestra que ya son tres personas que tuvieron el honor de haber salvado la vida á Mr. Desmarets. Gauthron dijo que tenia á su izquierda al comandante: Mr. Dumont dijo que tenia á su derecha á Gauthron: ¿cuál es lo cierto?

Presidente.—No respondais al abogado: hablad al consejo.

Testigo.—Yo no recuerdo asertivamente el lugar que ocupaban: lo que puedo asegurar es, que Gauthron andaba en torno del comandante gritando: "es fuerza matarle; es un miserable." Tambien habia allí en el grupo un viejo pequeño y flaco que decia. "Es preciso conducirlo á la callejuela y fusilarlo." Ese viejo no está preso.

Gauthron.—El testigo es de aquellos que se apartan del asunto en perjuicio de los demas: el era muy hostil en la barrera (rumores).

Choppart.—El testigo ha dicho que lo rechazé en el cuerpo de guardia: yo le pregunto si la ecsaltacion de fuera no era mas grande que la de dentro.

Testigo.—La animacion era muy grande en todas partes: todos aquellos á quienes me dirigia, me rechazaban; y me animé á buscar una blusa y un casco para salvar al comandante. Cuando volví, oí tiros en el cuartel, y ví á uno que estaba dando de bayonetazos al cuerpo del general, volviendo en seguida su fusil para herir al capitan Mangin.

Presidente.—Quién era ese individuo?

Testigo.—Solo lo ví por la espalda, y tenia al lado á otro hombre de pelo entrecano.

Choppart.—Era yo alguno de aquellos que se propusieron dar el alarma en la barrera?

Testigo.—No.

Mr. Cresson.—El testigo ha oido hablar de Lahr?

Testigo.—No me acuerdo; pero él era muy ecsaltado.

Mr. Cresson.—Era, pues, una ecsaltacion esterior ó aparente?

Lahr.—¿Cuándo me vió el testigo, cuando el general entró en el cuartel, ó cuando llegó el comandante?

Testigo.—Cuando llegó el comandante.

Lahr.—Entonces no fuí yo, porque no me hallaba allí cuando llegó el comandante.

Testigo.—Allí habia algunos bigotudos.

Mr. Cresson.—Nosotros probarémos que jamas hemos usado bigotes (risa general),

Lahr.—Allí habia tres bomberos.

Presidente.—El que habia era un simple bombero ó bombero graduado?

Testigo.—Era un cabo,

Lahr.—Habia doce ó quince cabos en la compañía.

Bussieres.—¿Dónde se ha careado conmigo el testigo para conocerme aquí?

Testigo.—En el fuerte de Ivry, mientras atravesaban el patio los prisioneros.

Bussieres.—Yo no tengo esto por un careo y declaro que no puse los piés en el cuartel, tengo una persona remarcable: que diga el señor si me conoce.

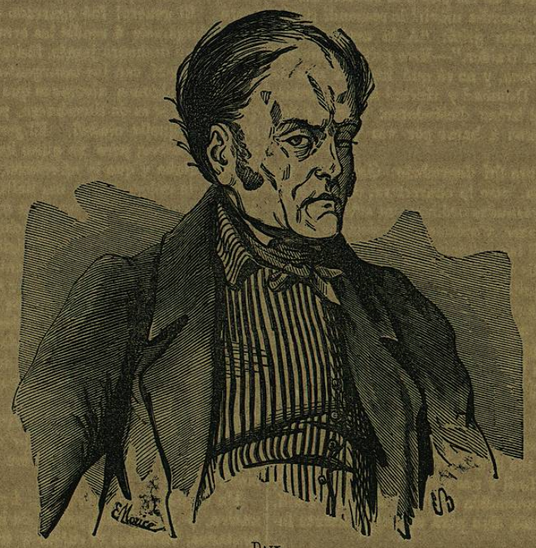
Testigo.—He visto antes á este acusado, estoy muy seguro; no sé si fué en el cuartel ó fuera; pero lo he visto.

Presidente.—¿Cómo estaba vestido?

—¡Oh! no lo sé, ni puedo acordarme de ello.

Despues del exámen del segundo testigo, el presidente dispuso que se presentase Mr. Desmarets. Al momento germinó en el auditorio un estremecimiento de interes y de curiosidad.

A causa de su conducta en Junio y del valor y sangre fria que mostró en la catástrofe de la barrera Fontainebleau ascendió á teniente coronel del 6.° ligero, cuyas insignias llevaba; su semblante y el aire de su persona eran enérgicos; se producia con mucha moderacion, y su lenguaje revelaba la concision militar.



Daix.

Se adelantó ante los acusados y los examinó con mucha atencion.

Reconozco, dijo, el vestido de Daix.

Despues se acercó al banco y examinó con atencion á todos: busca á Gauthron y lo encuentra, vé á Lahr y esclama: este es el bombero: continúa su investigacion y dice: he aquí á Naudin Lebelleguy.—Despues añade: no veo aquí á Nourrit.

Presidente.—No se necesitan de vates; haced vuestra declaracion.

—A las diez de la mañana partimos del Panteon; y cuando nuestra columna despues de haber pasado por los Boulevards dejando atras la barrera de Santiago, llegó á la de Fontainebleau toda estaba desierta y llena de barricadas. El enverjado las tenia formadas con losas hasta la altura de una pica, y el solo tramo que habia para pasar, era una pequeña puerta cuya llave estaba por la parte interior de la barrera.—Yo me hallaba estenuado por la fatiga de los dias anteriores, no podia ni hablar, y mucho menos mandar. Encargué el batallon al capitan mas antiguo y me quedé con el general, para poder dirigir los movimientos de la columna y transmitir las órdenes que me diese aquel gefe.

El Sr. De Bréa, el coronel Thomas, el representante Mr. Ludre y Mr. Gobert entraron en la barrera; este último tenia la mejor disposicion; siempre se adelantaba para asegurarse de los planes de los insurgentes; en esta ocasion se impuso de los que tenian, y cuando volvió dijo á Mr. Ludre: no os aconsejo que vayais á parlamentar, porque están muy mal dispuestos. El valiente general de Bréa, que habia tenido tan buenos resultados en las demas barreras; que por todas partes habia visto caer las armas de las manos de los obreros, cuando les leia el decreto de la asamblea nacional concediéndoles tres millones, creyó que seria tan dichoso en esta vez.—Avanzó hácia ellos y dió fé á la palabra de los que le decian: entrad, entrad, no se os hará ningun daño.

Presidente.—¿Dónde estaban ellos?

Testigo.—En lo interior del enverjado.

El general preguntó á Mr. de Ludre si queria entrar; pero se negó á ello. El general avanzó y habiéndole recibido algunos insurgentes, le tendieron la mano diciéndole: "Venid, que nada se os hará" El los siguió, acompañándole Mr. Lingeot, de la compañía Ansart. Yo me acerque á Mr. Gobert y á Mr. Mangin y les dije: ¿cómo dejamos ir solo al general? esto es enteramente contrario á las reglas militares. Al fin, entramos uno á uno abriendo y cerrando la puerta á cada cual, cuando le llegaba su vez. Uno de nuestros tambores que estaba embriagado, entró con nosotros, fué separado al

momento, y despojado de su uniforme, le pusieron una blusa y lo obligaron á que tocase la generala: al momento todas las tabernas y las tiendas fueron abandonadas por las gentes que estaban bebiendo, y me ví rodeado en un momento de una multitud amenazante.

PRESIDENTE.—¿Quién era ese tambor?

—No le conozco, pero sé que ahora, como siempre, está en el cuerpo 24, y yo tomaré mis providencias para que comparezca aquí si lo desea el consejo. Me ví rodeado por todos diciéndome: "Entrad y nada temais; ¿qué es lo que quereis? Les respondí, que no era parlamentario; pero hay aquí un representante, que conduce un decreto concediendo tres millones á los obreros, y que viene á daros conocimiento de él como lo ha hecho en otras barreras. Entonces el nombrado Gauthron se me acercó y mirándome de los piés á la cabeza me dijo: ¿tú eres de la guardia móvil? le respondí por la negativa, y al punto gritó: "A la muerte, á la muerte; este es un traidor."—Este grito de muerte voló de boca en boca, y no sé qué hubiera sido de mí si los señores Dumond y Gerard no me hubiesen tomado por el brazo diciéndome: vamos á salvaros, ó á lo menos á hacer por vos cuanto podamos.

En un momento fuí degradado: Gauthron me arrancó la presilla, otro la charretera, otro la levita, que hicieron menudos pedazos, mi schacó me lo quitaron á puñetazos, y quisieron apoderarse de mi sable que defendí largo tiempo, luchando con uno que queria impedir lo rompiese en mis rodillas; pero al fin me lo quitaron. Esto pasaba en la casa de Penhouel, de donde me condujeron á la trastienda, y en la que me dieron un vaso de agua: vos convendreis en que estaba muy alterado: pensaba en mi mujer y en mis hijos, y algunas lágrimas humedecieron mis ojos (profunda sensacion). Entonces me animó M. Dumont diciéndome: tened esperanza: vamos á hacer esfuerzos para salvaros: es forzoso ir al cuartel general. Esta travesía fué horrible: Nuens me asió del brazo, se colocó á mi izquierda con su fusil y nos escoltó hasta el cuartel; pero yo estaba persuadido de que nos llevaba allí, no para protegernos, sino para ser seguramente fusilados.

PRESIDENTE.—¿No le habeis reconocido ahora poco? ved á los acusados.

El testigo dirigió la vista y esclamó señalando á Nuens: "él es."

El testigo continúa: yo me hallaba siempre enmedio de los insurgentes, y á cada momento se me queria prender para fusilarme, gritando: á la muerte, á la muerte! Gauthron que se hallaba sin armas intentaba aterrarme con la losa que tenia, y si hubiera caido, habria sido acribillado á bayonetazos; pero M. Dumont me salvó la vida. Habia allí un viejecito de un color rosado, juanetudo, que quiso hacerme fusilar en una callejuela; mas gracias á M. Dumont que protestó ser yo su prisionero, y que respondia de mí, pude llegar al cuartel, donde me protegió la guardia nacional; pero á los pocos momentos fué invadido aquel punto, y Nuens apareció en aquel lance mas ecsaltado; al llegar recibí un culatazo en los riñones y Dumont me aseguró que habia sido Lahr: en la travesía una mujer, mi lavandera, suplicó de rodillas á mis verdugos que tuviesen piedad de mí, que era un padre de familia y que me soltasen; tambien nosotros, decian furiosos, somos padres de familia: ¡á la muerte, á la muerte! Nuens invadió el cuartel y dando un culatazo en la mesa gritaba: es forzoso acabar, á la muerte! y salió gritando las mismas palabras á la multitud de fuera. En seguida se me acercó pidiéndome diese la órden á mi batallon para que depusiese las armas; pero le respondí que si era eso lo que pedia, que me fusilase porque yo no daria semejante órden. Los alaridos se redoblaban á tiempo que llegó el general con M. Mangin y Gobert. Se colocó cerca de una mesa, teniendo á Mangin á su izquierda, despues estaba Gobert á cuyo lado me senté. El general fué agarrado por la garganta y quiso obligársele á rendir las armas, pero se negó. "Yo no me deshonro jamás, fusiladme," decia siempre. Yo bebí con los insurgentes, y buscaba relaciones con algunos alemanes que estaban allí, porque mi mujer es de Strasburgo, pero no habia ninguno de aquella ciudad. El general tuvo sed, y pidió de beber; pero no quiso hacerlo en el vaso que circulaba y que le ofrecieron; y así prefirió hacerlo en la cubeta. Yo me hallaba sentado cerca de la ventana, cuando una voz me dijo misteriosamente: "Ciudadano, tened mucho cuidado con la ventana:" ignoro quien me dirigió estas palabras; pero me levanté y me iba á sentar en el tablado cuando oí un grito de una mujer que decia: "ya están ahí los móviles; ya están los móviles; es forzoso acabar:" y un fuego de fusilería se oyó en el cuartel. Me hallaba al lado de M. Gobert, que mostró en esa ocasion un gran denuedo. A resultas de los tiros, el general cayó con la cabeza sobre la mesa, y Mangin en el suelo. Ese pobre jóven se levantó aun un instante agarrándose la cabeza con sus manos, y volvió á caer arrojando un grito de agonia y de desesperacion (profunda sensacion).

Un silencio aterrador siguió á esta primera detonacion, y la segunda partió de la puerta y de las ventanas; entonces vi entrar á uno en el cuartel, golpear con la culata del fusil á los dos cadáveres del general y de Mangin y volver á salir diciendo: Ya están muertos! (movimiento). Yo dije entre mí: "me han olvidado, pero mi vez va á llegar (sensacion). Pronto aparecieron en el umbral del cuartel M. Dumont y M. Vielle; me arrojé en los brazos del primero; pero volvieron los gritos y quisieron asesinarme, y si no lo verificaron era porque temian tirar sobre los suyos, porque estaba afianzado de ambos; al fin oí una voz que decia: "déjalo, basta ya," y otra voz respondió: "está bien." Entonces pude emprender el camino.

Dumond salió á buscar una blusa para disfrazarme; me desprendí del cuello de mi uniforme y de todo lo que pudiera hacerme conocer, y me puse la blusa, y en este momento sentí que una mano vigorosa me agarraba fuertemente el cuello. En fin,

fuí conducido á la casa de Mr. Dumond, donde me quité los bigotes, y á favor de una escala que puse en el fondo de un jardin, pude, de escala en escala y de jardin á jardin, salir de aquellos lugares tan peligrosos para mí, escribir á mi mujer, y tranquilizar á mis amigos. (Sensacion.)

Esta declaracion impresionó vivamente al auditorio.

DAIX.—¿No estaba yo en el cuartel cuando vos llegasteis?

TESTIGO.—Nadie habia entonces allí.

DAIX.—Cuando un jóven pidió al general una de sus insignias, ¿no me opuse á que tal insignia no se diese á un desconocido?

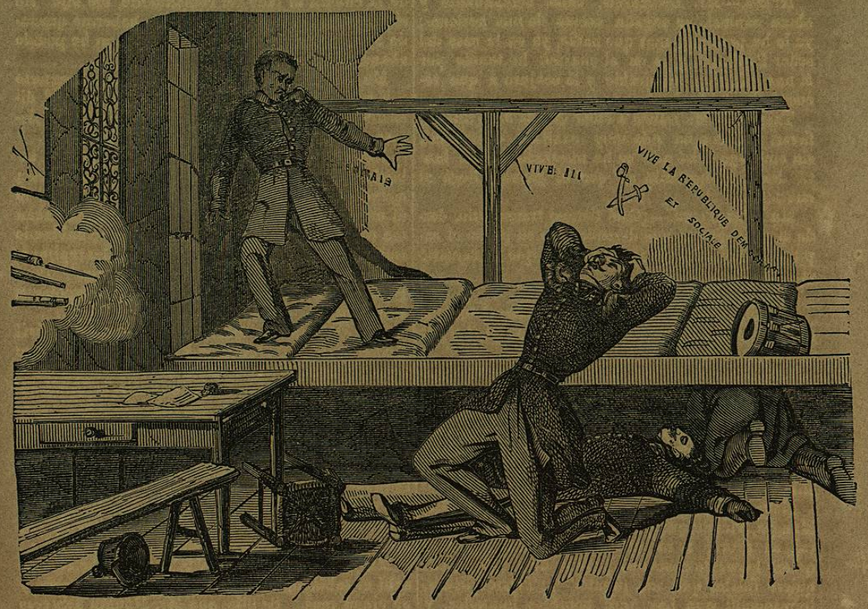
TESTIGO.—Lo que sé es que habiéndosele exigido su espada al general, no quiso entregarla.

PRESIDENTE.—¿Qué hora seria cuando mataron al general?

—Las cinco ó cinco y media.—A las dos y media llegamos á la barrera; yo estuve separado del general una hora, y él llegó á las tres y media, habiendo estado allí dos horas. Cuando lleguć á la casa de Dumond serian las seis y media.

Gauthron sostuvo que cuando vió por la primera vez al comandante, ya estaba despojado de sus insignias.

MR. DESMARETS.—Yo sostengo mi declaracion: no tuvieron el trabajo de desabotonarme la char-



retera sino que la arrancaron, y cuando volví la cara para conocer al agresor, ví á Gauthron con una blusa blanca.

GAUTHRON.—Yo he sido franco con Mr. Desmarets cuando me ha visto despues de mi prision, y ahora quiere abusar de mi franqueza: esto no es digno de un oficial frances: (rumores en el auditorio).

PRESIDENTE.—Os invito á esplicaros con mas moderacion.

GAUTHRON—Siempre he sido moderado por caracter. El comandante cuando compareció en el castillo de Ivry y se me presentó, me preguntó si lo conocia, y habiéndole dicho que sí, le añadí, que era yo quien tenia una losa; pero no para usarla en contra suya: vos estabais á mi izquierda y arrojé la losa á la derecha: y su respuesta fué que tenia ganas de hacerme fusilar y que haría un consejo de guerra para mí solo.

MR. DESMARETS.—Se me hizo ir allí para carearme con un insurgente; reconozco á Gauthron y digo: él es quien ha intentado machucarme con esa piedra. Los soldados que allí estaban exasperados querian fusilarlo, y una sola palabra mia hubiera bastado para que lo verificasen; pero me contenté con responderle: yo te perdono, la justicia dará su fallo sobre tus acciones; y mandé que se le diese de cenar y de beber (sentimiento de aprobacion).

Mr. Desmarets no estaba muy seguro de reconocer á Larh; pero afirmó haber visto la cabeza de Naudin investigando la persona por la ventana del gabinete de Penhouet, y que su semblante estaba

animado por el furor y la cólera: ese Naudin lo habia seguido desde la barrera hasta la casa, arrojando gritos de muerte.

NAUDIN.—Todo eso es enteramente falso, porque habia dos cortinas en la ventana del gabinete.

LARH.—¿No me entregé yo mismo prisionero en el castillo de Ivry?

MR. DESMARETS.—Se constituyó prisionero; pero como no tenia yo órden de prenderlo lo remití á Mr. Lacaille, juez de instruccion.

—¿Qué sabeis de Lebelleguy?

—Lebelleguy y Nourrit, se hallaban á derecha é izquierda de la ventanilla del cuerpo de guardia, y nos acechaban abriendo la puerta cuando la cerraban; mas no podré asegurar si tenian armas.

NUENS.—Mr. Desmarets, antes comandante y ahora coronel, se engaña acerca de mis acciones: yo le he protegido mas que nadie, ya en la casa del señor Penhouet, y ya en el cuartel: he tenido por él una adhesion admirable y le conjuro á que recuerde lo que he hecho por él.

TESTIGO.—Me resisto á creer que os deba ningun favor. Nuens ha sido muy exaltado contra mí; sin embargo, diré que se ha mostrado menos hostil desde el momento en que el general llegó al cuartel.

MR. CARTELIER.—¿Qué tiempo transcurrió, desde el momento en que descubriendo su pecho el capitan Mangin dijo: fusiladme, hasta que se cometió el crimen?

TESTIGO.—Tres cuartos de hora.

NUENS.—Yo me hallaba sentado sobre el tablado al lado de Mr. Desmarets, conversando con él y por señas que le hablé de Lille.

TESTIGO.—Podra ser: habia un insurgente á mi lado; acaso seria Nuens; yo creí que fuese Leroy; los confundo uno con otro.

MR. PLEE.—Nuens no se mostraba tan favorable á los prisioneros, pues á él se dirigió el capitan Mangin cuando esclamó: "acabad con nosotros; fusiladnos."

NUENS.—Oid lo que aconteció: El capitan Mangin, viendo que yo simpatizaba con el general, se acercó á mí diciéndome: "en fin, ¿qué se quiere hacer de nosotros? ¿qué se dice? Si se nos quiere fusilar que sea pronto." "Tranquilizaos, le respondí; aun hay aquí hombres honrados, y vos no correis ningun peligro."

TESTIGO.—No me acuerdo de semejantes palabras.

La declaracion siguiente, puede tal vez apreciar las negativas de Lebelleguy.

ANTONIO MALLET, destilador.—Conozco á Lebelleguy y ahí está.

El testigo se engañó; pero de pronto se volvió y dijo: no, no, allí está en el rincon (esta vez era el mismo); tambien estaba Nourrit, pero no lo veo.

—El 26 de Junio, dijo: Lebelleguy y Nourrit fueron á beber á mi establecimiento, y el uno dijo al otro: Mañana venderemos las charreteras que pillamos; entonces me dirigí á Nourrit, y le pregunté si era cierto que habian matado al general:—Lo hemos matado tan bien, que yo poseo sus charreteras y su espada.—¡Desgraciado! le dije; ¿qué has hecho? El se inmutó y se puso delante de la puerta.

IX.

En la audiencia del dia siguiente, 20 de Enero, todo el pueblo se mostró ansioso é impaciente para oir la declaracion del comandante Gobert fijada para ese dia.

El reo Nuens, pidió presentar una observacion y hacer recordar algunos hechos á Mr. Desmarets, por lo que se introdujo á éste.

NUENS.—Cuando estaba sentado en el tablado de la cuadra al lado del comandante, me dijo: Hé sido víctima de la amistad; podia haberme quedado á la cabeza de mi columna; pero no he podido abandonar al general.

MR. DESMARETS.—Es verdad, y ahora pregunto á Nuens, ¿quién era el móvil que me enseñó? diciéndome, ¿ves ese móvil? pues bien, él y los demas pasarán.

NUENS.—El guardia móvil estaba al pié del tablado de la cuadra, pero no me acuerdo bien de esta conversacion: Mr. Desmarets pidió de beber y le dí un vaso de agua; al ver esto unos que entraban me reconvinieron porque estaba siempre hablando con el prisionero. "Soy un sargento, les repliqué; estoy en mi puesto y nadie me hará salir." Bien pronto se dió la señal de alarma y me despojaron de mi fusil.

MR. DESMARETS.—Sí, me enseñaron el móvil diciéndome: ¡ha asesinado á su padre por cinco francos; y yo respondí: ha hecho muy mal si es cierto. Entonces el que se encontraba á mi izquierda se dirigió al que me hablaba y lo amenazó con que lo fusilaria si conversaba conmigo. Ese ecsaltado que estaba á mi izquierda, creo que era Nuens; sin embargo, puedo confundirlo con Leroy. Suplico se presente éste último.

PRESIDENTE.—Lo oiremos.

MR. CARTELIER.—¿Mr. Desmarets oyó la voz que mandó hacer fuego, y conoce quién la dió?

MR. DESMARETS.—No oí la voz; porque cuando subí al tablado, los fusiles estaban apuntando y no vimos mas. Se dijo que Mr. Mangin atravesó su brazo ante el pecho del general, pero no lo ví.

PRESIDENTE.—¿Fué fuego en peloton?

MR. DESMARETS.—Segun mi juicio como militar no fué en peloton, porque los tiros se oyeron instantáneos.

NUENS.—Hay como veinte personas que se atribuyen el honor de haber salvado á Mr. Desmarets; que diga si he hecho algo por él.

MR. DESMARETS.—Debo la vida solamente á Mr. Dumont, á Mr. Gerard y á Mr. Vial. En cuanto á los reos nada les debo, y ellos querian fusilarme; esto es todo: estaba completamente condenado por ellos.

El presidente ordenó que entrase Mr. Gobert. Este testigo, que es gefe de batallon de la 12.ª legion, llevaba en el pecho la cinta de la legion de

honor, y se adelantó hácia el banco de los reos ecsaminándolos sucesivamente y reconociendo á Daix, Choppart, los hermanos Vappreux y Lebelleguy. Buscó á Nourrit y se admiró de no verlo en el banco. El presidente lo satisfizo diciéndolole que Nourrit no pertenecia á los debates.

El testigo reconoció su charretera y su capona sobre la mesa.

PRESIDENTE.—Haced vuestra declaracion.

MR. GOBERT.—El domingo salí de mi casa para subir al panteon, donde queria hablar al general y pedirle refuerzos para atacar la plaza Maubert, en donde habian comenzado á levantar barricadas. En lugar de dármelos me previno el general que reuniese el mayor número de guardias nacionales que pudiese para que fuese con él á desocupar las barricadas, y leerles el decreto de la asamblea nacional, que consignaba tres millones á los obreros necesitados. Reuní la 4.ª y 7.ª compañías de mi batallon y marchamos sobre la barrera de Santiago. Cuando llegamos allí, advertí que estábamos espuestos á recibir las descargas de los insurgentes, y así dije al general: "Si gustais, avanzaré á hablar con ellos, y como guardia nacional acaso me escucharán, y de este modo nos impondremos de las intenciones que tienen. Me respondió que procediese como me pareciese, y me dirigí á paso redoblado sobre la barrera; hablé con los insurgentes diciéndoles que habia durado ya mucho esa guerra fratricida, que era preciso contener la efusion de sangre, y que el general que me seguia era portador de un decreto favorable á los obreros. Entonces abrieron la barrera y se mostraron dispuestos á recibir al general, quien avanzando ante ellos les leyó el decreto y dejaron las armas abandonando la barrera. En seguida

marché con solo la guardia nacional á la barrera del Infierno, la cual fué desocupada igualmente. Despues tomamos todos el camino de los boulevards interiores, y llegamos á la barrera de la Glaciere, donde tuvimos el mismo buen écsito que en las anteriores. Hasta entonces todo iba bien; pero cuando nos acercamos á la barrera Fontainebleau, encontramos allí la insurreccion muy amenazante. Me acerqué, sin embargo, con el coronel Laugier de la 12.ª legion, pero se nos insultó y amenazó, en términos que comprendimos era inútil toda tentativa de conciliacion. Regresamos ante el general, dándole parte de la actitud hostil de los insurgentes de esta barrera. "Voy á hablarles, nos dijo; y avanzó hácia el enverjado muy confiado y seguro de lograr el écsito que en las demas barreras. Cuando se presentó ante los insurgentes, cambiaron éstos de aspecto: lejos de amenazarlo como á nosotros, lo acogieron con agrado: "entrad, le decian; venid, no temais que ningun daño se os hará, y le abrieron la pequeña puerta que sirve de entrada al traves del enverjado de la barrera. Lleno de confianza, el general pasó, y yo me lancé con el teniente Singeot, siguiéndonos los señores Mangin y Desmarets. Apenas pasamos el enverjado, al momento cerraron, y fuimos rodeados y aturdidos con los gritos, "mueran, mueran, ya los atrapamos." Se nos arrastró y maltrató, y entonces oimos á algunos buenos ciudadanos que decian: "es forzoso conducirlos á casa del maire; vamos á ver al maire.

PRESIDENTE.—¿Acompañábais al general?

TESTIGO.—Me hallaba á su derecha, y el teniente Singeot, á su izquierda. Nos hicieron entrar en la cochera de una casa contigua á la del alcalde cerrando la puerta al momento, y en seguida